

Anónimo del siglo XIII
La Orden de Caballería

Ramon Llull
*Libro de la Orden
de Caballería*

Edición y traducciones
del francés antiguo y del catalán de
Javier Martín Lalanda

Índice

Introducción

Javier Martín Lalanda 11

Nota sobre la traducción 51

La Orden de Caballería

(anónimo del siglo XIII) 53

Libro de la Orden de Caballería

(Ramon Llull) 63

Prólogo 65

Parte primera, que trata del origen
de la caballería 69

Parte segunda, que habla de la orden
de caballería y del oficio propio del caballero 72

Parte tercera, que especifica el examen
que se debe hacer al escudero cuando quiere
entrar en la orden de caballería 82

Parte cuarta, que muestra la manera
según la cual el escudero debe recibir
la orden de caballería 87

Parte quinta, del significado que poseen
las armas del caballero 90

Parte sexta, que trata de las costumbres
que incumben al caballero 94

Parte séptima y final, donde se explica
la honra que conviene hacer al caballero 102

Apéndice: Partida II, título XXI (selección)

Ley XI. Quién puede hacer caballeros
y quién no 105

Ley XIV. Cómo han de ser hechos
los caballeros 106

Ley XV. Cómo han de desceñir la espada
al novel después de haber sido hecho caballero 108

Ley XIX. Cómo deben tener medida
los caballeros 108

Ley XX. Cómo en las comidas se debe
leer ante los caballeros las historias de
los grandes hechos de armas 109

Ley XXV. Por cuáles razones pierden los caballeros la honra de la caballería	110
Notas	113
Anexo: La leyenda de san Jorge	125
Bibliografía	147

Nota sobre la traducción

Seguimos la tradición continental de *L'Ordene de Chevalerie* editada por Busby (1983), cotejándola con la publicada por House (1919), que le es inferior, y manteniendo la numeración seguida por el primero, indicada ahora cada veinticinco versos entre corchetes. En algunas de las ocasiones en que los manuscritos de la tradición insular añaden o interpolan alguna noticia de interés evidente o, incluso, amplifican o cambian lo dicho en la continental, introducimos en nota la correspondiente variante según la edición de Busby (1984).

Respecto al *Libre de l'orde de cavalleria* de Ramon Llull, seguimos la edición de Allegra (1994), cotejándola con la de Aguiló y Fuster (1879). Indicamos entre corchetes las diferentes secciones que componen el prólogo y los capítulos (o partes), pero no al principio de cada uno de ellos, pues hubieran entorpecido la lectura, sino a su final. Las escasas y evidentes enmiendas al texto las presentamos entre corchetes y no las justificamos, puesto que se explican por sí solas.

Tanto en la traducción de *L'Ordene de Chevalerie* como en la del *Libre de l'orde de cavalleria* hemos intentado mantenernos fieles a los textos originales, utilizando un tono arcaizante que no desentone con el de la época en que fueron escritos (que será perfectamente comprensible para el lector) y explicando en las correspondientes notas algunos de los términos traducidos, así como la concordancia entre los conceptos tratados y los que presentan otras obras relacionadas con la caballería.

La Orden de Caballería
(anónimo del siglo XIII)

Bueno es hablar con hombre de mérito¹, pues mucho se puede ganar con ello. Quien tome nota de sus acciones, jamás deberá preocuparse por cometer majaderías, pues ya decía Salomón que el hombre sabio siempre ejecuta sabiamente sus obras y que deja de serlo si, al equivocarse alguna vez y querer enmendar el yerro, comete tantos desatinos como los que intenta evitar. Por eso, desde ahora pongo yo todo mi empeño en rimar² y narrar cierta historia que oí contar de un rey, el cual en tierra de paganos tuvo antaño gran señorío y fue un sarraceno muy leal: se llamó Saladino³.

En el tiempo de aquel rey, los sarracenos, por su orgullo y sus ultrajes, hicieron con frecuencia gran daño a las gentes de nuestra ley⁴, tanto que, en cierta ocasión, un príncipe acudió a batallar contra ellos. Se llamaba Hugo⁵ y era de Tabaría⁶ [25], y consigo llevaba numerosa compañía de caballeros de Galilea, pues señor era de aquella región. Aunque grandes hechos de armas hicieron aquel día, no plugo al Creador, aquel a quien llamamos el Rey de la Gloria, que los nuestros logran la victoria, pues el príncipe Hugo fue apresado y llevado por las calles derecho ante Saladino.

Él le saludó en su lengua, que conocía muy bien⁷:

–Hugo, ¡por Mahoma!, mucho me complace haberos apresado –así dijo el rey–. Y os prometo una cosa: moriréis si no me entregáis un cuantioso rescate.

El príncipe Hugo le respondió:

–Puesto que me dais a elegir, escogeré el rescate, si tengo con qué pagároslo.

–Sí –esto dijo el rey–. Conseguíme cien mil bizantes⁸.

–¡Ah! Señor, no los conseguiría ni aunque vendiese todas mis tierras [50].

–Seguro que sí.

–¿Cómo, señor?

–Puesto que vuestra valentía es mucha, tanta como vuestra caballerosidad, si pedís vuestro rescate a cualquier hombre de mérito⁹, él no se negará y os hará un buen regalo¹⁰ con el que podréis quedar en libertad.

–En tal caso, me gustaría preguntaros cómo podré salir de este lugar.

Y Saladino le respondió:

–Hugo, vais a prometerme por vuestra ley y por vuestra palabra que, si de aquí a dos años no me habéis entregado sin falta el rescate, ingresaréis en prisión. Sólo así podréis salir ahora de aquí.

–Señor, os doy las gracias y mi palabra.

Y entonces le pide permiso para irse, porque quiere regresar a su tierra. Pero él rey le toma de la mano y lo lleva a sus aposentos para hacerle con gentileza una petición.

–Hugo –dice él–, por la fe [75] que debéis al Dios de vuestra ley, explicadme, pues deseo conocer todos los detalles y muchísimo me complacerá enterarme, cómo son armados los caballeros.

–Buen señor –dice él–, no haré tal cosa.

–¿Por qué?

–Buen señor, yo os lo diré. La sagrada orden de la caballería sería mal empleada en vos, pues sois vil ante la ley de la bondad, del bautismo y de la fe. Y puesto que cometería gran desatino si vistiera y cubriera de seda un estercolero para evitar que apesetase, y no podría hacerlo a ningún precio, del mismo modo me despreciaría si os introdujera en esa orden. Jamás me atrevería a seguir en ella, porque mucho me avergonzaría.

–¡Ah! Hugo –dice él–, no debéis avergonzaros ni despreciaros, porque sois mi prisionero y os conviene hacer lo que yo quiera, aunque os cause displacer [100].

–Señor, puesto que me encuentro prisionero y mis consejos de nada valen, lo haré sin resistirme.

Y entonces comienza a enseñarle todo lo que debe hacer¹¹. Arregló sus cabellos, barba y rostro, que quedaron muy hermosos (como corresponde a caballero novel). Después le hizo bañarse.

Cuando el rey comienza a preguntarle qué sentido tiene aquel baño, Hugo de Tabaría le responde:

–Señor, el baño que estáis tomando tiene el siguiente significado: Al igual que el niño sale sin pecado de la fuente donde ha sido bautizado, vos, señor, saldréis de este baño sin villanía, pues la caballería significa un baño de honestidad, cortesía y bondad, así como amar a toda la gente.

–Por el gran Dios –así dice el rey–, que muy bello es este comienzo [125].

Después le sacó del baño y lo acostó en un hermoso lecho preparado para deleitarse en él.

–Hugo, decidme, y no me mintáis, cuál es el significado de este lecho.

–Señor, este lecho significa que la caballería obliga al caballero a ganarse un lecho en el Paraíso, un lecho que Dios otorga a sus amigos para descansar en él: quien no se sienta bien en él, tonto será¹².

Cuando ha yacido un poco en él, lo levanta y lo viste con blancas telas de lino. Entonces dice al rey Saladino:

–Señor, no os lo toméis a broma. Estas telas que cerca están de vuestra piel, todas blancas, significan que el caballero debe mantener limpia su carne si quiere llegar a Dios.

Después lo viste con ropas bermejas, y Saladino mucho se maravilla por lo que le hace el príncipe.

–Hugo –dice él al momento [150]–, ¿qué significan estas ropas?

Hugo de Tabaría responde:

–Señor, estas ropas que os doy sólo quieren daros a entender que deberéis derramar vuestra sangre para defender a Dios y a su ley. Esto es lo que significa el color bermejo¹³.

–Hugo –dice él–, mucho me maravilla.

Después le pone unas bonitas calzas de seda negra.

–Señor –dice él, muy seguro–, estas calzas negras os las doy para que nunca olvidéis, para que siempre tengáis en vuestra

memoria, la muerte, la tierra en la que yaceréis, de donde vinisteis y adonde iréis¹⁴. Jamás las perdáis de vista para no caer en el orgullo, pues el orgullo no debe reinar en caballero ni morar en él; antes a la sencillez debe él tender.

–Todo esto es muy agradable de escuchar –dice el rey– y no me incomoda.

Luego se levanta y Hugo le ciñe con un cinturón estrecho [175] de color blanco¹⁵.

–Señor, este pequeño cinturón significa que vuestra carne, vuestros riñones, vuestro cuerpo todo entero, habréis de preservar con mucha santidad; como si fuerais virgen, habréis de mantener limpio vuestro cuerpo. No deberéis dedicarlo a la lujuria, pues el caballero debe amar mucho su cuerpo y mantenerlo puro para que no le avergüence¹⁶, porque mucho aborrece Dios que se convierta en lodazal¹⁷.

Y el rey responde:

–Me parece muy bien.

Después le calza las espuelas en uno y otro pie, diciendo:

–Señor, con la misma celeridad con la que deseáis que vuestro caballo corra lleno de ardor cuando le picáis con las espuelas, raudos de aquí para allá, estas espuelas doradas significan que habréis de tener el coraje de servir a Dios durante toda vuestra vida [200], tal y como hacen todos los caballeros que aman a Dios con el corazón y lo sirven con la gentileza que de él emana.

Mucho agradó aquello a Saladino.

Después le ciñe la espada; Saladino pregunta qué significa la hoja.

–Señor –dice él–, es la salvaguarda¹⁸ contra el asalto del enemigo¹⁹. Los dos filos que en ella veis, os dan a entender que el caballero debe poseer dos cosas inseparables: justicia y lealtad; eso quiere decir, a mi entender, que debe proteger al pobre para que el rico no pueda hacerle daño, y sostener al débil para que el más fuerte no pueda avergonzarlo. Obrar así es emplear la misericordia.

Saladino, que ha escuchado con atención lo que le ha dicho, le da la razón.

Después le pone en la cabeza una cofia que es completamente blanca y explica su significado.

—Señor —dice él—, atended [225]. Al igual que esta cofia es sin tacha, hermosa, blanca, limpia y pura y se asienta sobre vuestra cabeza, así habréis de devolver el alma a Dios en el Día del Juicio, limpia de los pecados cometidos por el cuerpo y pura, y sin las locuras que él mismo habrá sustentado día a día, a fin de merecer el Paraíso que tan lleno está de deleites. Pues, qué lengua podría contar, qué oído escuchar, que corazón imaginar las grandes bellezas del Paraíso que Dios otorga a sus amigos²⁰.

El rey escuchó todo aquello y luego le preguntó si aún quedaba algo más.

—Sí, señor, pero no me atrevo a decíroslo.

—¿Qué es, pues?

—Es el pescozón²¹.

—¿Por qué no me lo has dado ni dicho su significado?

—Señor —dice él—, es²² para recordar a quien os nombra caballero y permite que entréis en la orden²³ [250]. Pero yo no os lo daré, pues, aunque sea vuestro prisionero, no debo cometer villanía alguna por más que se me haga y se me diga. Así que no quiero golpearos, con esto deberéis contentaros. Pero aún os quiero mostrar, enseñar y explicar cuatro cosas especiales que habrá de guardar el caballero novel durante toda su vida si quiere llegar a la presencia de Dios.

»La primera es que no deberá ser testigo en juicios falsos ni hallarse en lugar alguno donde se haga traición, sino que deberá abandonarlos enseguida; si no puede impedir el mal, debe marcharse en cuanto pueda.

»La segunda, más placentera, es que no habrá de dejar sin protección a dueñas y doncellas, sino al contrario; pues, si ellas precisan de su oficio, deberá ayudarlas en todo lo que pueda y obtener estima y fama, porque se debe honrar a las mujeres [275] y cumplir grandes proezas por ellas.

»La tercera es que habrá de respetar la abstinencia, os lo digo de veras²⁴. Deberá ayunar los viernes en recuerdo de Jesús, que fue herido por la lanza para redimirnos y perdonó a Longinos. Durante toda su vida deberá ayunar en ese día por amor a él, excepto si sufre enfermedad o se encuentra en compañía de alguien; y, si no puede ayunar, habrá de reparar el daño hecho a Dios dando limosna o haciendo lo que sea.

»La última, para concluir, es que deberá oír misa todos los días y, si tiene con qué hacerlo, entregar alguna ofrenda, pues la que se hace ante la mesa de Dios lleva en sí una gran virtud.

El rey escucha todo lo que Hugo va diciendo y se alegra muchísimo [300]. Después se levanta y entra en su palacio tal y como está vestido. En él encuentra a cincuenta emires que son de su tierra. Entonces se sienta en su trono y Hugo se sienta a sus pies: pero al momento le hace levantarse y lo sienta a su lado, comenzando a decirle estas razones:

—Hugo, puesto que sois hombre de mérito, quiero haceros un bonito regalo. Debéis saber que si alguno de los vuestros es apresado en combate o en batalla, quedará libre por amor a vos. Podréis recorrer a caballo mi tierra, libremente y sin molestias, si vais a buscarlo; si pasáis la pierna por el cuello de vuestro palafrén, nadie os lo impedirá. Y de vuestros hombres que tengo presos os devolveré hasta diez, si queréis llevároslos de aquí [325].

—Señor —dijo él—, muchas mercedes, pues esto que hacéis mucho es de agradecer. Mas no quiero olvidar lo que me dijisteis: que fuera en busca de hombres notables y recabara su ayuda para pagar mi rescate. Y el hecho es que no veo aquí a nadie tan notable como vos, buen señor rey; por tanto, puesto que me habéis enseñado a pedir, dadme algo, pues me lo merezco.

Entonces rió Saladino y, con el semblante de un hombre alegre, dijo:

—Habéis comenzado muy bien, así que ahora mismo os daré, y no os engaño, cincuenta mil buenos bizantes de oro, pues no quiero que fracaséis por mi culpa —entonces se levantó y dijo al príncipe Hugo—: Os acercaréis a cada uno de mis barones y yo os acompañaré. Señores —dijo el rey—, dadnos algo para el rescate de este gran príncipe.

Entonces los emires que estaban alrededor comenzaron a dar tanto, que pronto tuvo cubierto su rescate [350], y el remanente fue de diez mil bizantes²⁵. Tanto le han dado y prometido que Hugo pide permiso para irse de aquella tierra de paganos.

—No os iréis —dice el rey— hasta no disponer del remanente de lo prometido, pues los diez mil bizantes de oro puro los tomaré de mi tesoro.

Entonces dice a su tesorero que le entregue los bizantes y que después se los pida a quienes se los habían prometido. Aquél cuenta bien los bizantes y se los da al conde Hugo; él, lo desee o no, los coge; mas no quería aceptarlos, pues antes prefería comprar con ellos el rescate de los suyos que estaban en prisión y en gran cautiverio a manos de los sarracenos.

Cuando Saladino lo oye, jura por Mahoma²⁶ [375] que jamás serán rescatados. Y cuando Hugo se lo oye decir a él, siente mucha ira en su corazón, pero no se atreve a pedirle nada más al rey, porque ha jurado por Mahoma y no se atreve a enfurecerle. Así que ordena a sus diez compañeros, a los que ha conseguido liberar, que se preparen para volver a su tierra. Después se demora ocho días enteros entre gran alegría y placer²⁷. Luego pide el salvoconducto para atravesar aquel país de gente descreída.

Saladino le ha entregado una gran escolta de los suyos: cincuenta, que bien los llevan por toda aquella tierra de paganos sin mostrar orgullo ni villanía, de suerte que no son molestados. Luego toman el camino de regreso y vuelven a su tierra, así que el príncipe de Galilea ya se encuentra en ella. Pero como mucho se duele de su gente [400], que tuvo que dejar atrás, y no puede hacer nada, se siente más incómodo que ninguno. Ya ha llegado a su tierra, él, el undécimo, y ya no le queda nada, pues ha repartido la gran fortuna que le habían dado y ha hecho ricos a muchos²⁸.

Señores, esta historia será bien acogida por las buenas gentes, pero nada valdrá para las demás, pues son como las ovejas, que no comprenden la fe debida al Dios del Paraíso. Sería como echarles joyas a los cerdos, que las pisotean y nada entienden, pues no quieren molestarse en comprender, así que de nada serviría. Quien les contara esta historia acabaría tirado en el suelo y menospreciado, a menos que quisieran aprender algo de ella.

En esta historia se pueden encontrar [425] dos cosas de gran valía.

La primera se refiere al modo en que son nombrados los caballeros, a quienes todos deben honrar porque a todos protegen; pues si no fuera por la caballería, de poco nos valdría nuestra autoridad, ya que defienden a la Santa Iglesia y mantienen nuestros derechos ante quienes quieren hacernos mal. No dejaré de alabarlos; quien no los ama, gran necio es. Se llevarían

nuestros cálices de la mesa de Dios y nada podría impedirlo²⁹. Pero su justicia decide que sean ellos quienes nos defiendan. Si los malvados no los temieran, los buenos no podrían prevalecer, y entonces los sarracenos, los albigenses³⁰ y los bárbaros, así como las gentes de mala ley, nos someterían a sus injusticias; pero como temen a los caballeros, por eso a éstos se les debe querer [450], ensalzar y honrar aún más, y levantarse al verles llegar a lo lejos.

Es cierto que habría que avergonzar a quienes los desprecian; pues en verdad os digo que el caballero tiene la potestad de vestir todas sus armas y de entrar con ellas en la santa iglesia a escuchar misa, para que ningún malvado impida el servicio hecho al hijo de María, ni el santo y digno sacramento por el que obtenemos la salvación. Y si alguien quiere oponerse a él, el caballero tiene la potestad de matarlo.

Por la fe que debo a Dios, que todo lo puede, aún debo decir algo más: al caballero se le enseña –y por eso, quien escuche esta parábola (que tanto trabajo me cuesta contar) debe amarlo aún más– que, si no deja de cumplir con las enseñanzas de su orden, nadie podrá impedirle la entrada en el Paraíso [475]. Por esto mismo os he enseñado lo que debéis hacer: honrar a los caballeros por encima de todos los hombres, exceptuando a aquellos que realizan el sacramento³¹.

La segunda cosa, que se puede ver y saber por esta historia, es lo que le avino al conde Hugo, que fue muy sabio y hombre notorio: Saladino mucho le honró al descubrir que era hombre de valía, concediéndole por ello grandes honores. De esto se deduce que bueno es esforzarse en hacer el bien como uno mejor puede, pues gran provecho puede obtener de ello.

Y como en latín se dice que «a buenas obras, buen fin», para finalizar pidamos cortésmente a Dios, el creador del firmamento, que, cuando nos llegue el fin, hayamos muerto tan bien que alcancemos la extrema alegría que para los buenos no tiene fin³²; y que quien esto escribió pueda estar con Jesucristo [500]; y que, en honor de María Santísima, todos digan: «¡Amén, amén!».

Aquí termina *La Orden de Caballería*.